

á que la amen aquellos á quienes logre presentarla con los rasgos de su intrínseca belleza; pero este movimiento del orador, excitado con trabajo y estudio, ha de ser ficticio; se sostendrá difícilmente y no podrá menos de resentirse de la lucha del hombre interior que hace enmudecer la Elocuencia, cuando la conciencia está enferma.

*Facultades físicas.*—Estas consisten en una constitución propia para el estudio y para el ejercicio de la declamación oratoria, que no tanto depende de la fuerza del cuerpo, como de la actividad del alma; en una organización feliz para la palabra y para la acción, que hermanan la gracia con la energía, y los medios de agradar con los medios de llevar la convicción al entendimiento y la persuasión á la voluntad.

Inútil sería que la naturaleza hubiese dotado al orador de todas las cualidades, si ha negado á su voz, á su presencia y á sus maneras, el agrado, la dignidad y la nobleza que pide la Elocuencia.

## IV

## Educación oratoria.

Hemos dicho ya que la Elocuencia es un don de la naturaleza y un arte al mismo tiempo, y ahora diremos que para conseguir la acertada combinación de estos dos elementos es indispensable la *educación oratoria*.

El estudio, es verdad, no da el talento, ni el genio, ni la imaginación, ni las afecciones al que carece de estas dotes naturales, pero enseña, como dice Capmany, á usar de ellas en tiempo oportuno, á darles el temple conveniente, y á saber distribuir los adornos que pide toda composición elocuente.

Este es también el parecer de los grandes maestros.

Longino ha dicho con referencia al discurso: «La naturaleza es lo más necesario que hay para llegar á lo grande; mas si el arte no se encarga de dirigirla, es como un ciego que no sabe por dónde ni á dónde va.» Y Quintiliano, con respecto á los oradores, añade: «Allá se las avengan con su modo de pensar los que se imaginan que á los hombres les basta nacer oradores para serlo, y no lleven á mal el trabajo de los que estamos en la creencia de que ninguna cosa puede llegar á ser perfecta, sino cuando la naturaleza tiene el auxilio del arte.»

No es fácil empresa la de ser orador, y fuera extraño que un empleo tan noble se pudiese ejercer sin trabajo y sin estudio. En la oratoria, como en todo, se necesita que los primeros pasos sean firmes y seguros; querer llegar demasiado pronto, es querer no llegar; y el que desde un principio estrague su gusto ó contraiga un hábito perjudicial, es casi imposible que en lo sucesivo lo reforme y prescinda de él.

Demóstenes da sus primeros pasos antes de tiempo, se arroja en un palenque, para el que había nacido, sin preparar el filo de sus armas; y la muchedumbre, que no ve escrito en aquella frente el destino de los héroes, se ríe de sus vacilantes y tardas expresiones. Demóstenes se retira de la plaza de Atenas, y se oculta á las miradas de los hombres; pero no se abate, y á fuerza de trabajo vence los obstáculos que se oponían á la realización de sus nobles aspiraciones, y vuelve animoso á presentarse de nuevo en la tribuna pública, para ser el asombro de aquellos cuyos silbidos debieron enrojecer su rostro.

Dos lecciones á cual más importantes encierra este punto de conducta de Demóstenes: una para los atrevidos, otra para los tímidos; una para los que no se conocen ni quieren conocerse, otra para los que ceden á la primera contrariedad y se dan por vencidos con

la más pequeña derrota. Extremos son éstos perjudiciales, y contra los que el mejor remedio es la *educación oratoria*. En la escuela se despierta el genio ó se revela la impotencia; allí se estimula el talento ó se conocen las escasas fuerzas de que podemos disponer: los ensayos fuera del aula, por felices que sean, son siempre aventurados y peligrosos.

Las reglas, cuya colección forma el arte de hablar, están como envueltas en la facultad que tiene el hombre de comunicar sus pensamientos por medio de la palabra: reducir á la práctica esas reglas, definirlas, este es el trabajo á que deben consagrarse los jóvenes y á que no se consagran generalmente entre nosotros á pesar de las exigencias de la época.

En ningún tiempo como en el nuestro se ha hecho tan preciso trazar al orador sagrado la senda que debe seguir en el desempeño de su ministerio. La fervorosa fe y sencillez de nuestros antepasados suplían lo que al predicador podía faltarle de dotes oratorias y de pulidez en sus sermones. Pero hoy tiene en su auditorio incrédulos á quienes la curiosidad lleva al templo, y tibios cristianos, que, si permanecen mudos cuando habla, no siempre esa sumisión es el resultado de la convicción y de la piedad, y á todos es necesario atraer y persuadir.

Véase, pues, cuánto interesa el estudio á los oradores sagrados y cuánto urge crear ó fomentar en la enseñanza eclesiástica asignaturas de Elocuencia Sagrada, en las que los jóvenes se instruyan en la teoría y se adiestren en la práctica de la oratoria.

Temen algunos que las reglas del arte, fijando demasiado la atención del predicador, embaracen el movimiento del espíritu, sin el cual no puede haber verdadera elocuencia. No creemos muy fundado este temor. Las reglas se comparan á los pilares que se colocan en los lados de los caminos, que sirven para darnos á cono-

cer lo que hemos andado y lo que nos falta que andar. Son puntos de vista que no deben embarazar en lo más mínimo la senda que nos proponemos recorrer, ni ser un obstáculo á la precipitación de nuestra marcha. Así pensaba San Gregorio Nacianceno. En su juicio, las reglas del arte facilitan el trabajo del orador. Es cierto que el joven podría verse entorpecido cuando aprende el arte y hasta que le posee completamente; pero llegará tiempo, dice San Agustín, en que las reglas faciliten sus adelantos y sea elocuente sin pensarlo, ni aun reflexionar sobre los preceptos de la elocuencia.

Suponen otros que el arte y la predicación del Evangelio son cosas que se repelen mutuamente; pero esta opinión procede de falta de reflexión ó de una disimulada aversión al estudio y al trabajo, por creer que la elocuencia consiste en una estéril locuacidad. Estas preocupaciones han empezado á perder terreno, pero aún subsisten, y á ellas se debe esa indiferencia con que miran algunos cuanto se refiere á la forma, al estilo y á la acción en el púlpito.

La Iglesia, lejos de reprobar el arte en la predicación, lo encomienda sin cesar. San Juan Crisóstomo y el Nacianceno se admiran de que haya quien pretenda ejercer el ministerio de la predicación sin arte y sin estudio: y Lactancio se duele de que los defensores del cristianismo no se sirvan de la elocuencia, para atraer á los que nada quieren oír ni leer, á no estar revestido de formas agradables. «Qui nihil audire vel legere nisi expoliturum ac disertum volunt.» El dicho de San Pablo: «No vine con sublimidad de palabras ni de sabiduría á anunciaros el testimonio de Cristo», ha sido mal entendido y peor explicado. San Juan Crisóstomo recuerda á este propósito los triunfos oratorios del Apóstol; afirma que era elocuentísimo antes, y lo fué después de hacer milagros. En San Pablo la sabiduría no había buscado, dice San Agustín, la belleza de las palabras, sino que

la belleza misma iba siempre delante de su sabiduría, dando á su elocuencia una fuerza capaz de hacerse sentir de los que duermen.

De este modo se ha defendido por los grandes oradores y escritores sagrados la educación oratoria: no han combatido el estudio de las reglas, sino el exceso del arte en la predicación, exceso que también nosotros combatimos, sintiendo en el alma que algunos lleven á la cátedra sagrada un espíritu de vanidad que dice mal al pie de la cruz.

Si la elocuencia consiste en transmitir á los demás, por medio de la palabra *adecuada, oportuna*, nuestras ideas, enseñando, agradando y persuadiendo, *ut doceat, ut delectet, ut flectat...* sin una ilustración completa, ¿podrá nadie decirse buen orador?

San Agustín (1), antes de principiar su predicación, pidió al obispo Valero tiempo para prepararse. San Jerónimo (2), San Isidoro de Sevilla (3), y otros muchos que pudiéramos citar, no se limitan á recomendar la virtud, sino que á la vez aconsejan el estudio, la meditación, la ciencia y el conocimiento del arte, lo que nosotros comprendemos bajo una sola fórmula: *educación oratoria*.

## V

## Reseña histórica de la Elocuencia Sagrada.

## ÉPOCA PRIMERA

No debe buscarse el origen de la Elocuencia Sagrada en la antigua Grecia ni en Sicilia. En Siracusa y

(1) Epíst. 22.

(2) Epíst. 34.

(3) *De Officiis ecclesiasticis*, cap. v.

Atenas sólo se oía la voz de profanos oradores. La Elocuencia Sagrada es patrimonio de la religión verdadera.

Los Patriarcas pronunciaron ya cánticos sublimes; su voz majestuosa tiene una gran importancia, aunque sólo resuena en circunstancias solemnes y cuando es absolutamente precisa: sus exhortaciones breves, enérgicas y libres de toda traba, sorprenden agradablemente al oído, enajenan el alma, conmueven el corazón y se graban para siempre en la memoria de sus hijos, cuyo destino les anuncia.

Después de los Patriarcas, aparecen los Profetas, y merecen una mención especial Moisés, Job, Isaías y Jeremías. En Moisés se distingue muy particularmente lo tierno y lo magnífico; en Job lo convincente y lo patético; en Isaías lo bello, lo enérgico, y más aún lo sublime, en cuya última cualidad no reconoce igual; en Jeremías aquel tono tan inefablemente melancólico, que con razón ha pasado á proverbio.

No podemos menos de mencionar aquí á David y Salomón: el primero, en cuanto á movimientos patéticos; el segundo, en orden á pensamientos profundos; y los dos en cuanto á belleza, brillantez y esplendor de imágenes, no admiten superior, así como en pensamientos sublimes y enérgicos llevan mucha ventaja al más célebre de los oradores profanos.

El lenguaje, en fin, de los Profetas, ora reprendan ó alienten al pueblo, ya lloren la patria perdida ó suspires por la patria deseada, es siempre el lenguaje de la pasión y del sentimiento, revestido con todas las galas de una elocuencia inimitable.

La antigüedad, sin embargo, no puede ofrecernos nada comparable á la elocuencia cristiana, y la humanidad debe á la religión del Calvario el esplendor de ese arte sublime, que, como dice oportunamente Chateaubriand, si hubiese faltado á nuestra literatura, hubiera